

27 de febrero 1995

Excmo. Sr. D. Pascual Sala  
 Presidente del Tribunal Supremo y del  
 Consejo General del Poder Judicial  
 M A D R I D

Excmo Sr.:

En primer término, le suplico me disculpe el atrevimiento de dirigirme a usted por medio de este escrito, cuyo motivo se debe a la preocupante situación socio-política y jurídica que se contempla en España.

Precisamente por el elevado cargo que ostenta usted y el extraordinario prestigio que posee, deseo expresarle las anómalas circunstancias que se suceden ininterrumpidamente en nuestro país.

Confieso que me siento completamente anonadado. Soy un simple ciudadano de a pie; si bien mi sensibilidad y el concepto de la ética son factores que chocan frontalmente con las adversidades que dimanar de las frecuentes transgresiones de las normas legales y los principios morales de la sociedad en que estamos insertos.

Una atmósfera contaminada y tensa, producto de un cúmulo de acontecimientos deliberadamente desorbitados y cargados de irracionalidad, me causan estupor y la consiguiente inquietud.

Una vorágine de dislates, exabruptos y desatinos son perniciosos elementos que originan un clima irrespirable; sobre todo en el ambiente de las grandes ciudades.

Existe una serie de estafalarios e inconcebibles aspectos que no se dan en otra nación civilizada, y que paso a reflejar: Un periódico, o más concretamente un periodista, carente de escrúpulos y pudor, por medio de distorsiones, medias verdades, invenciones e insidias, trae en jaque a España entera. ¡Algo bochornoso! Un hombre condenado a 108 años de cárcel, representando un espectáculo circo se, que me parece afrentoso, dispone de un flamante coche, escolta de jefe de Estado, come en lujosos restaurantes u hoteles, acude a centros de esparcimiento, a medios informativos para amenazar al Gobierno de la nación y consigue, por tanto, desconcertar y aturdir a la mayor parte del país. Estimo que, a juzgar por las aludidas aberraciones, nos hallamos en presencia de un escándalo mayúsculo. La película continúa: un juez, desde hace cerca de cuatro años, aparece frecuentemente en las pantallas de televisión caminando con una cetera en la mano, que dicen que se dedica a instruir el caso "Filesa" (esperemos que para el año 2.020 termine la tarea). Le manifiesto, con todo el respeto, al Sr. [REDACTED], que esta sarta de deleznable acontecimientos representan una esperpéntica comedia. ¡Esto clama al cielo!. ¡Increíble, pero cierto!. Y por si esto fuera poco, según lo que transmitieron los instrumentos de comunicación, a instancia del señor Ruíz Mateos, el juez [REDACTED] inició acciones contra [REDACTED] ¡qué locura!

¿Quién es [REDACTED]? La judicatura no lo sabrá (si así es, apaga la vela y vámonos); pero el pueblo llano conoce muy bien al sujeto en cuestión (individuo que trata a los jueces de peleles y bandidos). Perdoneme, Sr. [REDACTED], pero hay que reconocer que el asunto es de opereta. Seamos un poco serios; creo que no es mucho pedir.

Como ciudadano de la calle y en uso de mi derecho de opinión y expresión, pregunto: ¿Es que existe pasividad por parte de quienes



les corresponde poner coto a cosas vergonzantes que transmiten una pésima imagen de los poderes públicos?. No se sorprenda de que la ciudadanía se muestre escéptica ante la conducta de la judicatura. No nos engañemos: la JUSTICIA en España funciona mal.

En el contexto en que se producen las aludidas anomalías y toda clase de incidencias, no creo que en los Estados de Europa Occidental tengan lugar tales despropósitos.

Abundando en la temática que nos ocupa, señalaré, con gran crispación, la multitud de juicios paralelos (actitud que revela un desprecio a los tribunales de justicia) por parte de insensatos medios informativos, personajes mezquinos y politicastros; los mítines políticos que lanza el <sup>Vice</sup>presidente del Consejo General del Poder Judicial que, lógicamente suscita sorpresa y alarma que van en detrimento, claro está, de la prudencia y la línea recta que debe seguir tan alta institución del Estado. El sectarismo quebranta su pureza.

La esquizofrenia parece que se apoderó de la prensa y de algunos políticos, ya que las falsedades, difamaciones, injurias e insultos son una constante en la actualidad. Con tan denigrante dialéctica, las inyectivas se están traduciendo en apología permanente de la degradación e irresponsabilidad del ser humano.

Los mencionados partidos políticos, ávidos de lograr por medios inconfesables sus objetivos, recurren a la estrategia de "tierra quemada", donde "vale todo". Debido a los métodos de intoxicación, cargados de insidia y demagogia, en mi opinión, a estos señores les falta mucho para alcanzar una madurez democrática, sensata y aceptable.

Por otra parte, las actuaciones del juez [REDACTED], vinculado hasta hace poco al Ministerio de Interior, ante la opinión pública, el caso GAL infunde sospecha e, incluso, la actitud de dicho juez parece ignominiosa. No olvidemos que concurren al efecto una serie de hechos que pueden permitir muchas perversiones, por eso tenemos argumentos para pensar en lo malo, aunque las suposiciones sean absolutamente erróneas. Basta el sentido común para creer que el señor [REDACTED] jamás debía llevar el sumario del GAL.

Como consecuencia de las farragosas y graves cuestiones que están turbando la vida social de los españoles, tengo que poner de manifiesto la indignación y la pena que siento debido a la siniestra y barrobajera escalada de infundios, improperios, campañas de desprestigio e insolencias que siguen protagonizando los órganos de difusión ubicados en Madrid, singularmente la prensa escrita y una tristemente célebre emisora de radio. Sin duda, se trata de una clamorosa tropelía. Cuando se carece de escrúpulos y no se respeta la honradez de las personas e instituciones, indefectiblemente hay que pensar que nos equiparamos a Zambia o Banzania. Es decir, ésta parece una nación de pandareta, cuyas características más notorias son el bulo, el chismorreó, cotilleo y, lo que es mucho más grave, del vituperio, la falsedad y la ofensa.

Si no rescatamos la coherencia, la moralidad y el respeto, el imperio de la ley y la democracia se convertirán en filfa.

Yo insto a los manipuladores y vilipendiadores a que reflexionen con el fin de recuperar la decencia y la convivencia civilizada entre los políticos. De veleidades, imprudencias y sucias marrullerías estamos hasta la coronilla. La falta de políticos circunspectos genera irritaciones, confrontaciones y sórdidos comportamientos que ensombrecen el panorama socio-político.

Yo no milito en ningún partido político, y sólo acudo raras veces a las urnas (fueron tres si mal no recuerdo). Una de ellas fue para ratificar la Constitución de lo cual me siento arrepentido.

Hace tiempo que perdí la estima por la Carta Magna a causa de su ostensible ineficacia. Con mucha hipocresía y hasta ignorancia, se está sacralizando la Constitución. Desgraciadamente, al socaire de la misma, se siguen cometiendo muchos desarueros.

Desde hace unos cuatro años aproximadamente, las barbaridades que profieren los profesionales de la información me horrorizan y a veces



me dan miedo. Estoy seguro que no se encontrará un marco legal en el mundo que pueda tolerar tan diabólicos atentados contra el honor de la gente-honesta.

Por el mimetismo, la inmadurez democrática y la perfidia, se calumnia y denigra constantemente.

Disparatadamente se llegó a magnificar tanto la libertad de prensa y expresión, que, en virtud de este derecho "sacrosanto", multitud de desalmados observo que disfrutan de patente de corso.


La libertad de prensa y de opinión hay que considerarla como prensa fundamental de una democracia. Sin embargo, para mí son infinitamente más importantes el honor y la dignidad; y si la Constitución y la democracia permiten que me atropellen estos dos sagrados valores, detesto la libertad y la Constitución. Una democracia queda totalmente desvirtuada, cuando a las personas íntegras y honradas se las desacredita y ultraja impunemente con la aquiescencia de quienes debían velar por la reputación y el buen nombre de los ciudadanos.

Al escuchar y leer permanentemente el vandalismo que se lleva a cabo en centros de difusión, el síndrome de la indefensa me tiene acobardado. De ahí que yo sienta remordimiento por haber dado mi voto en pro de la Constitución.

Gran parte de la población, al preguntale por la valoración que les merecen los políticos, la Justicia y la Constitución, deplorablemente las respuestas son desoladoras, sobre todo, en las capas más humildes de la sociedad.

Los textos jurídicos cuando en la praxis resultan poco positivos realmente constituyen un verdadero fiasco. Vale la pena remarcar con énfasis este extremo, toda vez que afecta de lleno a los ciudadanos con implicaciones de suma trascendencia.

Con un respetuoso y cordial saludo,

Firmado: 

P.D. Le envío un recorte de prensa, cuyo texto recopila la opinión, sobre el insulto, por parte de los periódicos más importantes de Occidente.